



M

Sebastián Guenard
Escritor. Nació y creció en babia.

(A la memoria de Billy Wilder)

I

Por un tiempo soñó con estudiar diplomacia. Más adelante le dedicó cierta atención, no mucha, a los misterios de la economía. Y habría logrado, quizá, especializarse en alguna de estas disciplinas si no hubiese quedado embarazada inesperadamente.

“Mayagüez, la Sultana del Oeste de Puerto Rico, se engalanó de blanco y plata para la celebración del matrimonio de Lucero del Mar Pérez Suriaga y Félix Javier Valdivieso, en la Iglesia de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro. La exquisita recepción tomó como escenario la Casa del Médico, espectacularmente ambientada por Martín Morales en rosas blancas, azucenas y accesorios en plata sólida. La novia lució regia con un diseño de Gertrude Steinbeck. Uno de los momentos más emocionantes de la noche fue cuando el ingeniero Alejandro Jirau y su hija Stephanie abrieron la pista bailando el inolvidable Danubio Azul.”

No se resignó, sin embargo, a pasarse la vida cuidando mocosos. Menos aún tras la llegada de la segunda criatura. Incursionó con inusual entusiasmo en el mundo de las compras y las ventas, en parte en busca de ingresos adicionales, pero ante todo para escapar de un espacio doméstico que le resultaba asfixiante. A partir de entonces, cuando en la tienda escaseaban los clientes, no era raro sorprenderla algo embelesada mientras fantaseaba con el momento en que sus encantos lograrían abrirle las puertas del estrellato, como a Norma Jeane Baker.

Con cada ascenso otorgado por la empresa aumentaron las horas de trabajo. Y las noches de insomnio. Y los regalos costosos con los que intentaba acallar los reproches (no siempre velados) de los más allegados, por su escasa presencia en el álbum familiar.

Para la época en que el trabajo comenzó a perder parte de su brillo, hacía tiempo ya que su matrimonio agonizaba. Adoraba el lujoso vehículo con que la habían sorprendido en uno de sus cumpleaños y nunca hizo ascos a las joyas que ocasionalmente le obsequiaban, casi siempre tras algún altercado. Pero ni siquiera en las revistas orientadas a un público femenino que tanto había disfrutado durante la adolescencia --y cuya sección de modas seguía consultando con fervor religioso-- encontró una fórmula para restituirle su encanto original a la relación con aquel ambicioso aspirante a millonario que, inexplicablemente, comenzó a preferir los juegos electrónicos (los mismos que ella vendía, compraba y detestaba) a los retozos del lecho matrimonial. Tampoco las especialistas en el Kama Sutra que llegaron para quedarse a las páginas de sus revistas predilectas le resultaron de mucha ayuda para impedir que el escurridizo Físico del



que se había enamorado poco después de su reingreso a la Universidad desatara una y otra vez los lazos con los que pretendía mantenerlo atrapado.

II

Su vida irremediamente habría seguido apagándose en las tinieblas de la mediocridad de no haber sido por la descarga redentora que, camino a Damasco, recibió de las redes sociales. Abrió cuentas en todas las páginas cibernéticas de las que tuvo noticia y asimiló, en lo que el Diablo se arranca una pestaña, los trucos para embellecer imágenes que tan eficazmente comenzaron a utilizar en este nuevo escenario los más avispados emuladores de los antiguos encantadores de serpientes. No fue tarea fácil, sin embargo, forjarse un perfil singular en ese espacio tan concurrido. Napoleón (se lo escuchó a uno de los Psicólogos contratados por la empresa para motivar a los administradores durante los adiestramientos anuales) salió como de la nada y nunca fue sino el hijo de sus acciones. Ella, que también la nada tenía tras de sí, comprendió muy pronto la importancia de las imágenes en esta era post heroica y, como tantos de sus contemporáneos hipnotizados con sus sonrisas relucientes y sus rostros sin imperfecciones, se dedicó pacientemente a documentar por medios eminentemente visuales las experiencias acumuladas. O cuando menos las positivas. Porque era de mal gusto utilizar estos prodigiosos medios de autopromoción para ventilar las desgracias personales y peor aún si era para mostrar las miserias del mundo. Sólo los perdedores ("losers" le gustaba más) se dedicaban a esas bajezas.

De modo que en sus páginas más frecuentadas fueron brotando como matojos silvestres las fotos de las botellas descorchadas en compañía del empresario al que había conquistado, en este caso con relativa facilidad, poco después de divorciarse, y las de sus escapadas a esos destinos (¿alguien mencionó a un tal Disney?) a los que tiene la obligación de peregrinar siquiera una vez en su vida todo boricua que se respete. Sería inexacto describir esta constelación de imágenes (en la que tampoco faltaban las fotos de atardeceres cuya espectacularidad se había nutrido de las abundantes emisiones de hidrocarburos con que esta tierra tocada por la mano de Dios ha sido bendecida) utilizando el nombre con que el más farandulero de los premios Nobel latinoamericanos bautizó su ensayo sobre Madame Bovary. En cambio, sí parecía ser, y no era un logro menor, una fiesta apenas interrumpida por breves lapsos de tiempo --carentes por completo de interés para los amantes de la buena vida-- durante los cuales no había más remedio que trabajar.

La lectura de libros, buenos o malos, daba igual, no era uno de sus pasatiempos. Mucho menos figuraba entre las experiencias excepcionales que ameritaban ser exhibidas en aquel gozoso inventario visual de lo vivido. (Lo cual no debía interpretarse, todo hay que decirlo, como desinterés por la cultura. El acceso a la sabiduría universal no requería ya someterse al penoso proceso de consultar los textos originales. Bastaba, para obtener resultados equiparables, revisar las infinitas variantes cibernéticas de las "citas citables" con las que en el pasado una venerable revista de gran circulación amplió los horizontes de muchos de sus lectores.) Por eso resultó un tanto desconcertante la foto de una colección de novelas de finales del siglo XIX que una



Iluviosa noche de diciembre apareció en su página de PintaGram. El breve texto que acompañaba la foto era inquietante:

"¿Habrá algún remedio efectivo para combatir el insomnio?"

Como resultaba previsible, en esos días sus seguidores en las redes andaban demasiado ocupados con sus preparativos para las fiestas que se avecinaban; así que aquella angustiada pregunta lanzada al viento (¿o iba acaso dirigida a un destinatario innombrable?) quedó sin respuesta, flotando...

De los indignados españoles algunas noticias tuvo. Pero aunque su futuro laboral comenzaba a lucir tan incierto como el de aquellos hombres y mujeres, nunca llegaron a simpatizarle del todo. Le incomodaba el modo en que estos alborotosos habían transformado en chiqueros los majestuosos espacios públicos de la antigua Metrópoli y resentía, sobre todo, el mal uso que hacían de las redes, al convertirlas en vehículos para fomentar la discordia y el desasosiego.

Mucho peores le parecían los amargados que se quejaban del exceso de frivolidad en las comunidades virtuales. No entendían lo beneficioso para la autoestima que resultaba cada *like* recibido. Saberse admirada --o mejor aún: deseada-- cada vez que decidía desplegar las estrategias de seducción aprendidas durante su larga militancia en las filas del *fashionismo*, la hacía sentirse a la altura de la mujer-golondrina que nadaba ríos metafísicos y giraba alucinada en torno al campanario, dejándose caer para levantarse mejor con el impulso (encontraba irresistiblemente sexy el acento afrancesado con que Cortázar leía ese fragmento de Rayuela en la grabación con la que se había tropezado en YouTube no recordaba cuándo).

III

"No puede quedarse". Lo dijo sin mucha convicción, mientras cubría su cuerpo, antes de ir a la cama, con la crema de colágeno.

"Es de las tres esta casa". La respuesta en tono airado era de su hija menor, que desde hacía tiempo la aventajaba en estatura y por vez primera lucía dispuesta a igualarla (o superarla, tal vez) en audacia. Poco antes de darle la espalda para dirigirse a la sala añadió con aire desafiante: "No eres la única con derecho a traer amigos. Se queda..."

Un silencio espeso se apoderó de la habitación y lo que inicialmente había sido apenas una difusa sospecha se transformó de súbito en desoladora certeza: también aquella sería una larga noche.

IV

"Sé una lámpara para ti mismo. Sé tu propia confianza. Aférrate a la verdad dentro de ti como a la única verdad."



V

Los nubarrones llegaron mucho antes que la tormenta. Las sesiones de yoga que en tiempos recientes habían ocupado el lugar de las botellas descorchadas, un buen día (es un decir) también desaparecieron. Las páginas que en una época reventaban de optimismo se fueron poblando de *selfies* inútilmente empeñados en disipar, a fuerza de maquillaje, las perdurables huellas que la visión del abismo suele dejar en el alma.

VI

En la pequeña mesa de cristal biselado ubicada junto a la cama de agua el quinqué ya extenuado seguía siendo, aquella mañana de septiembre, la única fuente de iluminación. Allí encontró su hija menor, a poca distancia del quinqué, el frasco sin barbitúricos. Y un poco más lejos, en un papel arrugado, un puñado de letras tambaleantes:

“Señor

En este mundo contaminado de pecados y de radiactividad,

Tú no culparás tan sólo a una empleadita de tienda

que como toda empleadita de tienda soñó con ser estrella de cine.”

Afuera aún llovía y de vez en cuando arreciaba alguna ráfaga rezagada.